

Andrea Camilleri

EL HOMENAJE

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



Título original: *La targa*

Ilustración de la cubierta: INTERFOTO / Alamy Stock Photo

Copyright © Rizzoli Libri S.p.A. / Rizzoli, Milán, 2015-2017
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-824-4
Depósito legal: B-25.031-2017

1ª edición, noviembre de 2017
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Uno

La tarde del 11 de junio de 1940, esto es, un día después de que Italia entrara en guerra uniéndose a su aliada, Alemania, Micheli Ragusano se presentó de improviso en el Círculo Fascismo y Familia de Vigàta.

Por descontado, casi nadie estaba jugando ese día, y todo el mundo hablaba acaloradamente de lo que había sucedido la víspera, cuando el país en pleno —viejos, jóvenes, mujeres, niños e incluso los enfermos, que para tan magna ocasión se habían levantado de la cama— se había congregado en plazas y calles para escuchar el discurso del Duce transmitido por altavoces.

Nada más acabar de hablar Mussolini, se había desencadenado el guirigay, la batahola, el pandemónium, y todo el mundo se había puesto a dar gritos de «¡Muera Francia!», «¡Muera Inglaterra!», «¡Viva el Duce!», «¡Viva el fascismo!». La gente parecía borracha de alegría y bailaba, saltaba y cantaba entusiasmada «Juventud», el himno fascista, como si la guerra fuera un billete de lotería premiado.

Hacía más de cinco años que Micheli Ragusano no ponía un pie en Vigàta y, aun así, ni uno solo de los veintitantos socios que habían acudido al Círculo a jugar y charlar le devolvió el saludo ni le preguntó cómo le había ido en todo aquel tiempo.

Lo cierto era que Ragusano había pasado esos cinco años confinado en la isla de Lipari, a raíz de una condena por «difamación sistemática del glorioso régimen fascista», de modo que no era prudente mostrarse cordial con él, y menos aún teniendo en

cuenta que esa tarde también andaba por allí Cocò Giacalone, un hombretón alto, grueso y con la mano muy larga, conocido espía del secretario federal de los grupos de combate fascistas, un individuo del que se guardaban incluso los fascistas más acérrimos, ya que era capaz de cualquier cosa.

Micheli Ragusano, que esperaba ese recibimiento, se dirigió al expositor de los periódicos sin pronunciar palabra, cogió uno de los ejemplares, se sentó ante una de las mesitas y se puso a leer.

En ese momento fue cuando se levantó Cocò Giacalone con el gesto torvo, se acercó a don Filippo Caruana, el presidente del Círculo, que como de costumbre estaba echando una partidita a la brisca, y le dijo algo al oído con aire agitado.

—Pero ¿de verdad es necesario? —preguntó dubitativo don Filippo.

—¡Muy necesario! —replicó Giacalone con firmeza.

—¿Ahora?

—¡Ahora mismo!

Don Filippo dejó las cartas pausadamente, se levantó a regañadientes, fue hasta la mesa de Ragusano y, mientras en el salón todo el mundo interrumpía el juego o la conversación y se concentraba en lo que estaba sucediendo, dijo:

—Michè, tú aquí no puedes estar.

—¿Y eso? ¿Acaso soy un moroso?

—No.

—Si mi mujer me ha dicho que no ha dejado de pagar la cuota anual.

—Y es verdad. Pero es que no se trata de las cuotas, sino de que estás expulsado del Círculo.

—¿Expulsado? ¿Desde cuándo?

—Tres días después de que te mandaran al confinamiento, la asamblea de socios, reunida en sesión extraordinaria a propuesta de Cocò Giacalone, decidió por unanimidad que ya no eras digno de ser miembro.

—¿Así están las cosas?

—Sí, así están.

—Pues muy bien —contestó Ragusano sin inmutarse—, no os molesto más. Buenas tardes a todo el mundo.

—¡Alto ahí! —intervino don Manuelli Persico.

Ragusano se detuvo a medio levantar y todos los presentes se quedaron petrificados.

Don Manuelli Persico, individuo respetado y reverenciado al que apodaban «el Abuelo», tenía noventa y siete años y más que un hombre parecía un esqueleto andante, aunque un esqueleto con una gran barba blanca. Estaba tan en los huesos y pesaba tan tan poquito que, cuando soplaba la tramontana, tenía por costumbre meterse en el bolsillo un par de piedras grandes para no salir volando por los aires. A pesar de todo, conservaba una buena voz.

En 1922, con setenta y muchos años, se había convertido en un airado miembro

de las brigadas fascistas, con su porra y su aceite de ricino, y había participado en la marcha sobre Roma, donde Benito Mussolini se había fijado en él, lo había llamado «abuelo» y había querido que desfilara en cabeza, justo detrás de los «quadrumviros» de la revolución, del brazo de un joven fascista que no tenía ni dieciocho años.

Desde entonces había sido un ferviente fascista, siempre en la cabecera de las manifestaciones y dispuesto a ponerse la camisa negra a la más mínima oportunidad. Se había presentado voluntario en las guerras contra los abisinios y contra los comunistas españoles, pero en ambos casos su solicitud había sido denegada por su avanzada edad. A él le correspondía el honor de gritar en las reuniones: «¡Camaradas, saludo al Duce!» Y la multitud contestaba: «¡A nosotros!»

—¡Se ha cometido una grave descortesía! —proclamó don Manueli.

—¿Contra quién? —preguntó don Filippo.

—Contra Micheli Ragusano, aquí presente.

—Explíquese mejor.

—¡Para empezar, quiero recordarles que el verdadero fascista es leal con el adversario y generoso con el enemigo vencido!

—Eso ya lo sabemos —replicó don Filippo.

—Lo saben, pero no lo ponen en práctica. ¿Se había avisado a Ragusano de que estaba expulsado?

—Me parece que no —respondió don Filippo.

—¿Y eso?

—Se nos pasó.

—Pues ahí tiene la primera descortesía. Vayamos por la segunda. Al no haber sido avisado, Ragusano ha seguido pagando la cuota anual a través de su mujer, ¿no es así?

—Sí, en efecto —reconoció don Filippo.

—En ese caso, le pregunto: ¿le han devuelto esas cuotas o se las han embolsado a la chita callando?

Don Filippo se quedó blanco.

—Yo no me ocupo de la contabilidad del Círculo. Para eso está Cosentino, el tesorero.

Al oír que lo metían de por medio, Gnazio Cosentino se levantó de golpe con la cara colorada.

—¡Ah, no, puñaladas traperas no! ¡Aquí que cada palo aguante su vela! Yo no he recibido ninguna orden de devolverle las cuotas a la mujer de Ragusano y, ya puestos, les recuerdo que soy socio desde hace cuatro años, ¡así que no estaba cuando se decidió la expulsión! ¡Yo de todo este asunto no sabía nada de nada!

—Está cla... claro que se ha tratado de un descuido, de un equívoco —dijo don Filippo con cierto bochorno.

—No lo discuto —respondió don Manueli—. Su escrupulosidad está por encima de toda duda. ¡Sin embargo, queda igualmente claro que no se puede desalojar al señor Ragusano sin haberle devuelto hasta el último céntimo!

—¿Cuánto debemos al caballero? —preguntó don Filippo a Cosentino, para cerrar aquel asunto cuanto antes.

—Cien liras.

—Déselas.

—Lo lamento, pero no las tengo en la caja. Mañana por la mañana, en cuanto abran el banco...

—Me parece que no nos hemos entendido —terció don Manueli—. No se puede desalojar al señor Ragusano sin haberle hecho entrega de lo que se le debe. Así pues, ¡vamos a hacer ahora mismo una colecta!

Se levantó, cogió un gran cenicero limpio, metió cinco liras, llamó a Cosentino y, ofreciéndoselo, le dijo:

—Siga usted.

Al cabo de diez minutos ya se habían reunido las cien liras.

Entonces Cocò Giacalone quitó a Cosentino el cenicero de las manos, escupió dentro y lo dejó encima de la mesa de Ragusano.

—¡Toma tu dinero, hijo de puta!

Ragusano, que había permanecido de pie todo el rato con una media sonrisa en los labios, contestó:

—Ese dinero se lo regalo, mándenselo a Mussolini para que se compre una bala y se la dispare al cadáver de Francia, a la que ya han matado los alemanes. Y por lo que a usted respecta, mi querido don Manuelli Persico, le devuelvo la cortesía manteniendo la boca cerrada acerca de lo que me han contado en el confinamiento sobre usted.

Todos aguzaron el oído.

—¿Qué...? ¿Qué te han contado? —preguntó don Manuelli, que, combativo, trató de ponerse en pie, aunque acabó desplomándose.

se sobre la silla, pues las piernas se le habían vuelto de plastilina.

—Ya le he dicho que no voy a repetirlo.

—¡Habla, si tienes valor!

—¡Soy una tumba!

—Lo que sois los antifascistas de mierda —soltó don Manuelli— es una pandilla de asquerosos que se dedica a difundir chismes, rumores y cotilleos... ¡Gente sin dignidad, sin honor, que muerde la mano que le da de comer! ¡La muerte os merecéis, y no un confinamiento!

—¿El nombre de Antonio Cannizzaro le dice algo? —le preguntó Ragusano a media voz, mirándolo a los ojos.

Apoyándose con todas sus fuerzas en los brazos de la silla, el anciano logró levantarse y lo apuntó con el índice como si fuera una pistola.

—Eso es una calum...

El «nia» acabó ahogado por dos ataques de tos. A continuación, don Manuelli volvió

a desplomarse sobre la silla, torció la cabeza hacia un lado, cerró los ojos y ya no volvió a moverse.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha quedado dormido? —preguntó Cocò, estupefacto.

El doctor Alletto se acercó a toda prisa, le tomó el pulso y luego se arrodilló y le pegó la oreja al corazón. Se quedó escuchando un rato y, cuando se levantó, movió la cabeza de un lado a otro, desolado, y dijo:

—Está muerto.

Cocò soltó un grito bestial dirigido a Ragusano:

—¡Asesino!

Y le propinó un fuerte puñetazo en la cara. El golpe lo lanzó volando hacia el centro del salón y, en cuanto aterrizó, Cocò se abalanzó de nuevo sobre él y le dio una buena tanda de patadas por todas partes, en la cara, en el pecho, en el vientre...

Entre dos lo cogieron por los hombros para apartarlo, pero no lo consiguieron. Cocò

parecía un toro furioso. Seguía dando patadas y repetía:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Finalmente, uno de los socios corrió a llamar a los carabineros, que se llevaron detenido a Ragusano más muerto que vivo.